

XXXII

Albina ya no tenía que volver á París; la idea del gozo que iba á proporcionar á Magdalena, añadía á su vida un nuevo encanto.

Apresuró los preparativos de su viaje, y el domingo siguiente, á eso de las cinco, se hallaba en el estudio de Félix acompañada de la joven que había venido para ayudarla en su nueva instalación. Desroches era esperado á la hora de la comida.

Cuando los cortinajes estuvieron colocados, y las flores de otoño puestas en lindos vasos japoneses, Magdalena retrocedió para juzgar de lejos el efecto total del decorado, confesando que era el más lindo de cuantos habían dispuesto sus manos.

—¡Te perfeccionas!—le dijo Albina sonriendo. Desde luego se te puede expedir patente de aptitud como ama de casa.

—Ya es tiempo—respondió la muchacha;—¿sabe usted que estoy en visperas de hacerme una solterona? ¡Tengo muchos años!

—¿Qué edad tienes?

—Voy á cumplir veintitrés. ¡Lo que se llama ser una vieja! Creo —añadió con melancólica resignación—que hu-

biera hecho una excelente tia; y precisamente por eso no tengo hermanos ni hermanas.

—Tendrás algo mejor que sobrinos: hijos que hallarán en tí una mamá sorprendente. ¡Hace tiempo que has dado pruebas de ello!

—¿Cuándo?—preguntaron los asombrados ojos de Coco, al propio tiempo que su boca.

—Con Juan —respondió Albina —atrayéndola dulcemente hacia sí para que se sentase en el diván. Desde entonces Coco, te he debido siempre algo, y sería para mí gran satisfacción el poder dártelo.

—¿Usted?— ¡Usted me ha proporcionado constantemente mil indecibles alegrías!— exclamó la joven abrazando á su amiga.

—Todavía no.... Dime, hija mía, ¿conservas siempre la misma afección por Lorenzo?

Coco inclinó su frente.

—He hecho todo lo posible—pero sin conseguir nada. ¡Bien decía yo á usted que he nacido para solterona! Tengo todos los caracteres del cargo, incluso la desdichada inclinación.... En el fondo, esto no me causa tristeza, creo más bien que me acompaña.

—¿Quieres casarte con él?

Coco dió un salto en su asiento.

—¿Con quién?

—Con Lorenzo Pontet.

—¿Yo?

—¡Evidentemente! ¿Qué hay en ello de extraordinario?

—¿Yo?—repitió frotándose los ojos y mirando estupefacta á su amiga.

—No he comprendido—continuó en medio de su asombro—¿ó es que quiere usted reirse de mí?

—Lorenzo me ha encargado que te pregunte si quieres ser su mujer—repuso Albina sonriendo, sin poderlo recordar, ante este modo de recibir una proposición de matrimonio.

— ¡Que si quiero! ¡Ya lo creo que quiero! Diga usted, ¿es de veras? ¿No es un sueño? ¿Sería usted capaz de burlarse de mí?

— Nada más verdad; él mismo te lo dirá muy pronto; vendrá con tu tío á comer.

— ¡Oh, querida mía!— y se arrojó en brazos de Albina, estrechándola con efusión.

Todo el ardor de su naturaleza, ahogado por una educación austera, se desbordaba en exclamaciones de alegría.

— ¡Me imagina usted vestida de desposada? ¡Coco de desposada! ¡Pareceré una mosca en leche! ¡Tan negruzca y tan fea! ¿No le parezco fea á él?

— Ya te tengo dicho que eres linda, ¿necesito repetírtelo?

— ¡Oh! ¡qué feliz le haré!— exclamó la muchacha, juntando las manos en un éxtasis.— ¡Voy á proporcionarle una vida llena de atractivos!

Juana entró, trayendo un cesto de uvas para postre; apenas hubo dejado su encargo junto á Albina, cuando Magdalena la arrastró por toda la habitación en medio de un vals vertiginoso.

— ¡Sabes que me caso, Juana! Me caso con Lorenzo.

Terminada la frase, se detuvo sin aliento. Juana, cuyo principal atributo consistía en una imperturbable sangre fría, respondió arreglándole las mangas del vestido.

— Hace mucho tiempo que debía habértelo propuesto; no te ocupabas más que de él cuando venía.

— Magdalena — le dijo Albina sin poder contener la risa— temo que esta pícara no tome en serio tus palabras.

Así que Lorenzo entró, cuando se hubo acercado á Magdalena, Albina le dijo con su linda sonrisa:

— Puede usted explicarse ahora, caballero, tiene usted alguna probabilidad de ser comprendido.

Nadie hubiera sospechado que aquella señorita, ruborizada y grave, sentada junto al hombre que le hablaba con tanta seriedad, acabase de realizar aquel loco baile.

Juana, apoyada en las faldas de Albina, sobre las cuales tenía un álbum de fotografías, hallábase con la cabeza baja, sin mirar á la enamorada pareja á la que, sin embargo, debía ver perfectamente, pues dijo á Albina muy quedo:

— ¿Es que todas las señoritas ponen un semblante tan simple cuando las piden por esposas?

— Hija mía, ya lo sabrás algún día por tí misma— respondió Albina.

La boda tuvo lugar tres meses después, en pleno mes de Enero, en la iglesia de la Trinidad. El templo estaba lleno de gente, fué aquella una solemne ceremonia, en que Juana, vestida de blanco, desempeñaba las funciones de madrina con asombrosa calma.

Todos alabaron mucho á Desroches por haber dotado generosamente á su sobrina, y no menos alabanzas alcanzó Albina, gracias á la cual se llevó á cabo el matrimonio. La esposa de Armor estaba bellísima y elegantemente vestida; á cuantos le dirigian preguntas relativas á su marido, contestábales con exquisito tino.

— Se encuentra en Italia trabajando. Roma tiene siempre atractivos para los antiguos pensionados.

Habíase acostumbrado á responder vulgaridades con una graciosa sonrisa, y á no comprender las indirectas de las mujeres, ni las galanterías de los hombres, despertadas por la desaparición de Armor. Se cuchicheaba mucho alrededor de ella:

— ¡Ha pagado las deudas de su marido! . . . — ¡Para librar-

se de él!— ¡Ha hecho bien,— decían unos.— ¡Ha hecho mal!— opinaban otros.

Albina sabía que había hecho bien, y eso la bastaba. Armor habitaba en un país donde la vida es fácil y las ocasiones de gastar son menores, y si era preciso pagar más, ella lo pagaría. Nunca pudo avenirse con la idea de que su marido, el hombre cuyo nombre llevaba, el autor del CANTO DE BODAS, viviese en la miseria, mientras ella gozaba de comodidades. No podía hacer más que esto por él; pero cumpliría su deber hasta el fin.



XXXIII

El nuevo matrimonio se había establecido en la calle de Blanca, muy cerca de Albina, porque Magdalena declaró no poder vivir sin la sombra de la casa de su amiga. Lorenzo no se negó á ello; veíanse todos los días, y en este amable consorcio desaparecieron las asperezas de su antigua pasión, no quedándole ya en su dicha de recién casado más que lo que debía durar tanto como su vida, la veneración tierna y profunda por la que hubiese sido el inmenso amor de su existencia.

Magdalena vivía feliz, esparciendo en torno suyo ese encanto particular de las mujeres dichosas. Juana, siempre bien recibida, repartía sus ocios entre ambas casas, mostrando marcadísima preferencia por la de la esposa de Félix. Magdalena y Pontet parecíanse bien; pero Albina estaba muy por encima para ella, lo cual se hubiera adivinado con sólo ver los besos de amiga que depositaba en la cabeza de Tom.

Con todo, era frutera hasta la médula de los huesos; ayudaba á su madre en las faenas de la casa, y continuaba sus clases como otra cualquiera.

— ¡No sé cómo tiene tiempo para todo lo que hace!—decía la señora Maison, verdaderamente asombrada.

—E; que nunca me divierto en paseo—replicaba la mu-

chacha.—El gran peligro de esta educación mixta, lo que Albina había temido varias veces por ella, desapareció para siempre; Juana, por un misterio de su feliz naturaleza, se afinó sin perder la afición á las humildes ocupaciones de su familia; quería mucho á la señora de Armor, y las horas que pasaba en su hotel eran las más hermosas de su vida; pero cuando su madre la necesitaba por cualquier motivo, acudía presurosa, sin titubear lo más mínimo.

—¿Quieres almorzar conmigo?

—No puedo, papá está de camino.

Y era asunto concluido, sin la menor sombra de segunda intención. Por eso Albina, aunque sintiendo que no le hubiesen confiado por completo la niña, queríala más, así como también estimaba á sus padres, cuyo tacto supo producir tan admirables resultados.

Tom había adquirido una gran importancia en la vida de su ama; según iba perdiendo sus primeras gracias, mostraba cualidades más sólidas: la sobriedad, la probidad canina, que consiste en no tomar lo que no se debe, y, sobre todo, una abnegación por Albina, que revestía un carácter conmovedor. Con los ojos fijos en los de su dueña, hasta cuando se le creía dormido, parecía vivir de ella más que del aire y del alimento; así que ella le tenía un cariño singular, á pesar de la rara apariencia de este animalito, que debiendo mostrar los signos exteriores de un perro de aguas, su pelo, en lugar de ensortijarse, tenía un aspecto musgoso, enteramente extraordinario.

—¿He sido yo quien ha dado á usted ese perro?—dijo un día Desroches. Tom le acogía con toda amabilidad, agitando alrededor de él con unos movimientos de cola y de orejas que nada tenían de perro de aguas.

—¡Demasiado lo sabe usted!—respondió Albina riendo.

—¡Eso nunca ha sido un perro de aguas! ¡Su madre me ha engañado! Yo tenía confianza en ella.... ¡Será preciso no tener jamás confianza! Le daré á usted otro legítimo; es-

te me humilla; ¡es feísimo! ¡Un perro amarillo! ¡En la vida se ha visto un perro de aguas amarillo!

—No—dijo Albina—no quiero otro. Convengo en que no es de aguas y en que tiene color amarillo; pero, además de hacerme gracia su rareza, le quiero por sus buenas cualidades, y nunca podría ser reemplazado en mi corazón.

Tom, que sabía todos los asuntos de la casa, y que comprendía perfectamente el francés, colocó su cabeza entre las rodillas de Albina, para darle gracias.

—Vea usted qué hermosos ojos tiene, negros, inteligentes... ojos de sér humano....

—Usted está llena de indulgencia para la humanidad. Albina; yo no la concedo tanto honor: los ojos de Tom son mejores que los de los hombres que conozco; se parecen á los de usted.

—¡Se parece á mi Tom! ¡Juana también!... ¡Esto me crea una familia!—suspiró Albina.

Después de un momento de silencio, Desroches añadió:

—Tengo noticias de Félix; ha conseguido hacer representar la *Reina Aurora* en Milán.

—¿De veras? ¡Me alegro mucho!—dijo la joven.

—Ha obtenido un gran éxito como compositor y como hombre... Además me escriben que se encuentra muy fatigado.

—¿Enfermo?—pregunto Albina.

—No, precisamente, pero podría llegar á estarlo. Si estuviera gravemente enfermo ¿iría usted á cuidarle?

—Si supiera que no tenía á nadie á su lado, iría seguramente.

—Esté usted tranquila; las personas con quienes se junta de ordinario, no se apresuran, en caso de enfermedad, más que para tomar las de Villadiego cuanto antes. ¡Ya sabe usted que no está por las relaciones prolongadas!

Albina nada respondió; parecía estar muy preocupada

mientras Desroches hablaba. De repente miróle cara á cara y exclamó:

—¿Está enfermo... ¡dígame usted la verdad!

—¡No, se lo juro á usted! Si supiera que estaba malo, se lo diría sin pérdida de tiempo.

—¡Se lo ruego á usted!— dijo ella con los labios temblorosos y faltándole poco para llorar.

—Veamos, Albina, francamente; ¿le ama usted todavía, á pesar de todo?

—No sé si le amo, pero la idea de verle malo, abandonado y triste en país extranjero, me causa gran pena.

—¡El corazón de las mujeres es insondable!— dijo filosóficamente Desroches levantándose;— cree uno haber llegado hasta el fondo, cuando todavía quedan abismos de piedad... y de perdón.

—De piedad, sí, de perdón, no. Al menos no como usted lo entiende.

—¡Sea! Con tal que Armor cuente con la piedad de usted la relevo de lo demás. No merece el amor de una mujer como usted. Me marcho... ¿Para cuándo tendrá un niño Magdalena? A mí no me hablan de estas cosas; pero á usted se lo dicen todo. Casi estoy celoso.

—Magdalena dará á luz para Navidad.

—¡Como pasa el tiempo! ¡Ya me voy haciendo viejo, en cambio usted nunca envejecerá; sus rubios cabellos no se tornarán blancos.

Llegó Navidad, y Magdalena tuvo un niño; cuando Albina entró en el cuarto de la joven madre para darle un abrazo, Lorenzo la puso su hijo en los brazos diciéndole:

—Se llamará Juan y le querrá á usted mucho.



XXXIV

Pasó un año más: los veranos en el chalet y los inviernos en París, habíanse sucedido con perfecta regularidad, y Albina se acostumbró tan bien á su vida de medio viuda, que casi tenia relegados al olvido sus anteriores pesares. Entre Juana que crecía y se afirmaba más y más, y el lindo grupo de la familia de Lorenzo, veía pasar los días llenos de cuidados y preocupaciones, no dejándole tiempo ni para pensar en sí misma.

Sus amigos, cuyo número crecía de año en año, formaban en derredor suyo una especie de batallón, consagrado á defenderla contra las inevitables calumnias de los que no la conocían.

Así pasaba su vida, evitando en cuanto le era posible dar pábulo á la malignidad, y sólo deseaba que nadie se ocupase de ella.

El destino había decidido otra cosa. La empresa de la Opera Cómica, no habiendo hallado el éxito que buscaba en una obra que acababa de poner en escena, se decidió á presentar de nuevo al público la *Reina Aurora*, cuya triunfal aparición, doce años antes, había consagrado el nombre de Armor. Cuando Desroches lo supo, escribió á su amigo para que viniese á dirigir los ensayos de esta repetición, casi tan importante como el estreno puesto que se trataba

de presentar la obra con diferentes artistas, ante un público renovado por completo.

Félix no respondió; había salido de Milán sin comunicar sus planes, y después de varias tentativas infructuosas Desroches tuvo que renunciar á sus investigaciones; de suerte que la *Reina Aurora* se representó sin que el músico diera señales de su existencia. Las cartas podían no haber llegado á su destino; pero los periódicos se esparcen por todas partes. ¿Era posible que Félix no leyese ni siquiera un periódico?

Albina, sumamente nerviosa, no quiso asistir á esta representación; y su ausencia fué comentada como una prueba de indiferencia, por la linda colección de enemigos que se crea toda mujer un poco reservada.

Aunque lo hubiera sabido, no habría hecho caso alguno; pero nada llegó á sus oídos gracias á los buenos amigos. Para cortar de raíz todas las suposiciones, Desroches tomó el partido de decir que Armor, á quien detenía en Italia un importantísimo trabajo, había delegado en él la dirección de los ensayos.

El éxito de la obra fué esta vez mayor todavía que su primera representación; ciertas formas que entonces parecieron demasiado nuevas, hallábanse á la sazón adoptadas, y el entusiasmo fué unánime.

Albina lo comprendió así por el número de visitas que se vió obligada á recibir.

—¿Pero por qué no ha venido su esposo de usted?— le preguntaban todos.

—Nadie tiene derecho á mirar con tal indiferencia su propia gloria. Escríbale usted que venga á saborear su triunfo.

Albina sonreía, respondiendo siempre la frase concertada entre ella y Desroches. Por aquella temporada el CANTO DE BODAS, bajo una cubierta orleada de rosas, se vendía á millares, siendo entonada hasta por los cantores callejeros.

Cierto día, Albina recibió un telegrama expedido en Italia.

El director del Hospicio de Bolonia advirtió á la familia del compositor, que éste se encontraba en su establecimiento, desde la vispera, atacado de una parálisis parcial. Habían hallado las señas entre los papeles que Armor llevaba encima en el momento del ataque, ocurrido en un café.

Llamado al instante Desroches, encontró á su amiga paseándose por el despacho de Félix, como en la mañana de aquella noche cruel que había abierto un abismo entre ella y su marido. Sin proferir palabra, Albina le alargó el papel azul.

—Allá me voy— dijo Desroches después de haberlo leído;— partiré esta misma tarde.

—Partiremos juntos—exclamó ella.

—¿Usted, hija mía? No, usted debe aguardar aquí—la contestó mirándola con profunda compasión.

—¿Por qué? Mi deber es estar á su lado cuanto antes.

—¿Y si no la quiere ver? ¿Y si en el estado en que se encuentra la presencia de usted le enfureciera? Corremos un gran riesgo. Por su interés y el de usted, Albina, quédese en París que yo prometo traerle.

Albina ocultó el rostro entre sus heladas manos.

—Yo se le traeré—insistió Desroches.

—¿Vivo ó muerto?

—Vivo ó muerto, palabra de honor.

Ella titubeó un instante y dijo por fin:

—Váyase usted, pero envíeme noticias sin pérdida de tiempo. Si preguntase por mí no deje usted de decirme lo para que vaya.

—Si, sí, pierda usted cuidado.

Partió Desroches, y al cabo de dos días interminables, Albina recibió un telegrama que decía: «Le llevo vivo.»

¡Vivo! ¡Esto ya era bastante!

Albina preparó la casa para recibirle, rehaciéndose de

la emoción que le producía sacudimientos nerviosos. Iba á entrar en su casa, en el hogar que voluntariamente había abandonado hacia dos años, y adonde volvía vencido por la vida.

¿Por la vida? ¡No! Por la que él había llevado.

La vida, por cruel que sea, respeta siempre á los que la respetan y no la piden una suma de goces superior á la que debe dar. Si Armor volvía destrozado por el engranaje, es porque se había dejado coger. También Desroches era un vividor; pero la edad respetó en él la fuerza y la inteligencia, porque amaba más que su placer, dos cosas: el arte y la bondad.

Por fin llegaron; del coche que le conducía bajó un hombre encorvado, maltrecho, vacilante, un parálítico, en una palabra, apoyado en un bastón que apenas podía manejar. Albina bajó á la puerta, le ofreció el brazo, y sostenido por ella y empujado por Desroches fué como pudo Armor entrar en su casa.

Después de haber subido con supremos esfuerzos la escalera que daba acceso al estudio, cayó desfallecido sobre el diván, sin fuerzas y casi sin aliento. Era aquel diván el mismo donde Albina había llorado tanto la noche en que su marido se marchó furioso porque no quiso acompañarle en reemplazo de la desgraciada que no asistió á la cita.

Félix no lo recordaba, no recordaba nada. Debilitado por las sacudidas del viaje, su cerebro enfermo sólo percibía sensaciones vagas; recibía en aquel momento una confusa impresión de objetos conocidos en otro tiempo, y el rostro de su mujer recordábale ideas, penosas sin duda, porque de vez en cuando la dirigía una mirada humilde.

Albina le contemplaba anonadada por aquel decaimiento, mayor con mucho de lo que había podido imaginarse.

—Armor, hay que llevarte á la cama—dijo Desroches con autoridad.—Necesitas reposo.

Félix lanzó un gruñido indistinto; en el estado de desfa-

llecimiento en que se encontraba repugnábale cualquier esfuerzo.

—¡Vamos, levántate!—replicó su amigo tirándole por los brazos.

Armor obedeció al impulso que recibiera y se halló en pie; vacilante y apoyado fué hasta la habitación de Albina, que sería también la suya; entre los dos lograron desnudarle y meterle en la cama, pues él, como cuerpo inerte, permanecía enteramente pasivo; sólo sus ojos, á intervalos, atestiguaban que conservaba todavía parte de su inteligencia.

Una cucharada de un preparado calmante hizo que Armor no tardara en dormirse. Cuando su respiración fué regular, Desroches se separó del lecho é hizo seña á Albina para que le siguiese al despacho.

—¡Oh! ¡esto es espantoso!—exclamó ella bajando la cabeza con desesperado ademán.

—Es una ruina—respondió Desroches.—Usted me había dicho: Vivo ó muerto, y yo no he querido dejarle morir allá lejos en un hospital extranjero.

—Ha hecho usted bien—le contestó estrechándole la mano convulsivamente.—¿Pero no hay esperanza alguna?

—Es cuestión de semanas, quizá de días.... El cuerpo está más arruinado si cabe que la inteligencia.

—¿Pero cómo le ha ocurrido esto? ¿Dónde? ¿en qué circunstancias?

—No me lo pregunte usted. El director del Hospicio sabía pocos detalles que comunicarme... Cuanto menos hablemos de ello, será mejor. ¡Vamos, Albina, creía que era usted más fuerte!

—¡Ah!—exclamó dejándose resbalar hacia atrás, de suerte que hubiese caído, á no ser por Desroches que la sostuvo;—es que le he amado tanto! ¡Si no le hubiera yo abandonado no sucedería esto!

—Se hubiera usted muerto hace mucho tiempo; y él no estaría mejor. Tenga usted energía y destine un criado pa-

ra que abra la puerta, porque van á venir muchas visitas.

Ella le miraba inquieta.

—Es preciso que sepan que está aquí—continuó Desroches—y, sobre todo, tenga usted valor. En estos momentos defiende usted su propio honor y el de su marido.

—¡Comprendo--dijo Albina irguiéndose--y doy á usted un millón de gracias!

Cuando se corrió la noticia de que Félix había vuelto á su casa, víctima de un ataque de parálisis, la emoción fué muy grande en el mundo artístico y literario. Según Desroches había anunciado, menudearon las visitas.

Una consulta de los médicos más versados en esta clase de padecimientos, vino á confirmar la opinión del doctor Boulogne.

Como Albina no recibía á nadie, excepción hecha de Lorenzo, Magdalena y Juana, púsose una lista en el portal, que no tardó en llenarse de ilustres firmas. Desroches se encargó de los asuntos exteriores y los desempeñaba admirablemente.

Una noche, pasados quince días de su lúgubre llegada, Félix, acostado, parecía dormir entre las sombras del cortinaje de la cama. Albina apenas apartaba de él su mirada, pero en aquel momento, muy cansada, se apoyó sobre la mesa, bajando la cabeza; una emoción súbita la hizo levantarla.

Félix la miraba con sus ojos negros, reanimados por un momento con una pasajera llamarada. La miraba con tal instensidad, que Albina se levantó inclinándose sobre él. En aquella mirada mezclábanse el dolor y la tristeza con la desesperación propia de quien no puede expresar su pensamiento....

—¡Esposo mío!--dijo Albina en voz baja mirándole con ternura.

El hizo un movimiento con la mano derecha que le quedaba libre, y su mujer se aproximó más aún.

—¡Esposa mía--baluceó con voz ronca--perdóname!

Pronunciaba con extrema dificultad, pero las sílabas percibíanse bien distintas.

—¡Te perdono y te amo, Félix!

Este grito supremo, expresión real de toda su existencia, salió de su boca con la sinceridad de su voto.

—¡Bésame!

Esta fué la última palabra que había pronunciado Juan al morir, y también la última de su padre en tan supremo instante. Albina besó con ternura la frente y las mejillas de Armor, que parecía dormitar, estrechándole la mano.

A poco más de media noche su respiración se hizo difícil, y, después de algunos esfuerzos, durmióse para siempre.

Por la mañana, Desroches encontró á Albina junto al lecho, según costumbre. Ella sola había preparado á Félix para su último reposo, y le miraba con infinita dulzura; su semblante demostraba una serenidad que llamó la atención de su amigo aun antes de saber el fatal acontecimiento.

—Ha muerto amándome--dijo Albina; ya estoy tranquila.

Las exequias fueron magníficas. Todas las notabilidades de París, y una multitud inmensa de medianías, deseosas de exhibirse, acompañaron el cadáver al cementerio Mon'martre, donde la tumba de Juanito se abrió para recibir á su padre.

Albina iba entre el fúnebre cortejo, no habiendo querido renunciar á tributar á su marido público testimonio de cariño. Algunos se lo criticaron, otros no lo concedieron, su admiración, y la mayor parte la acusó de haber querido producir efecto.

Terminados los discursos y cubierta la lápida con multitud de coronas, bajo un cielo primaveral, Albina se volvió á casa. Desroches no pudo acompañarla por tener que ir á preparar la gloria del muerto, es decir, á llevar á los periódicos el texto de los discursos y los nombres de las

celebridades que asistieron á la ceremonia. Magdalena, que criaba á su hijo, volvió á su casa acompañada de Lorenzo, quien, por un sentimiento de delicadeza, no quiso quedarse solo con la viuda.

Albina muy enlutada, se sentó en una butaca, la cabeza de Tom descansaba entre sus rodillas. El estudio de Félix recibía por las vidrieras un reflejo de sol, despedido por la casa de enfrente; las plantas verdes, las telas suntuosas y los candelabros que habían formado una especie de capilla ardiente, reflejan por todas partes la claridad.

La viuda meditaba. Su dolor, aunque profundo, no era muy vivo; después de tantas sacudidas participaba en algo de la impresión de un navegante arrojado en país desconocido; al salir de una horrible tempestad, ya es algo sentir tierra firme bajo los pies. La gran cuestión era que Félix antes de morir se hubiese reconciliado con ella, de otra suerte, hubiera sufrido mil veces más y hasta el fin de su vida.

El compositor había partido en toda su gloria, incensado, celebrado, cantado por mil voces; la *Reina Aurora*, orlada de negro, figuraba en los carteles de la Opera Cómica para aquella misma noche, y Albina sabía qué ovación se tributaría al autor, una vez bajado el telón... Armor tuvo suerte; en lugar de arrastar una vejez miserable, quizás vergonzosa, desaparecía del mundo en medio de su apoteosis.

¿Y ella? Quedaba sola á los treinta y dos años, desengañada del amor y del matrimonio. ¡No volvería á casarse! ¡Ni siquiera la quedaban hijos que animaran la inmensa soledad en que se hallaba!

El recuerdo de Lorenzo acudió á su mente. Había tenido esta flor en la mano, esta antorcha para alumbrar su vida; y, voluntariamente, rechazó ambas cosas... ¡El sí que sabía amar! ¡Y se le había dado á Magdalena!... No lo sentía, sin embargo, eran dichosos; y, en otro caso, menos satisfecha de su conducta, no se hubiera atrevido á imprimir

en la frente del moribundo aquel beso que era la gloria de su conciencia.

Los sonidos de un organillo, dejáronse sentir desde la calle. Era uno de esos organillos italianos que producen enorme estruendo. Comenzó una melodía... Albina tapóse los oídos con las manos, mientras que Tom indignado, lanzaba aullidos lastimeros. Era el *Canto de Bodas*, el himno de su pudor, el precio de su virginidad; Armor le había vendido con objeto de ganar algún dinero, quién sabe si para renunciar á las vergonzosas caricias de alguna prostituta...

Por fin logró imponer silencio á Tom, cegándole en brazos. En un principio tuvo intención de haber despedido al músico ambulante, mas pronto renunció á ello. Con el perro en las rodillas, reclinada la cabeza sobre su mano, escuchó, sintiendo indecible amargura, el canto que para ella había sido la más alta expresión del amor nupcial. Aquella máquina destrozó hasta el fin la melodía, con la indiferencia que la rueda de molino pulveriza el grano. —¡Hé aquí mi vida!—dijo Albina.—¡La historia de mi amor, comenzada en el éxtasis y terminada en la calle!

Presa de indignación se había levantado é iba á comenzar el febril paseo de sus tormentosos días, cuando un golpecito dado en la puerta la detuvo.

Era Juana vestida de negro, pues la buena de la señora Maison quiso hacerla llevar luto, aunque sólo fuese unos días, por el marido de su amiga. Semejante á una estatua de Tanagra, en su elegancia natural Juana tenía en brazos al hijo de Magdalena, un robusto niño, moletudo, sonrosado, grave, que apenas vió á Albina agitó sus bracitos con un gesto de alegre impaciencia.

Tom corrió á su encuentro haciéndoles fiestas, y á poco Albina tenía sobre sus rodillas al perro que buscaba el infantil rostro, y al niño que evitaba, sin enfado, aquellas caricias familiares con exceso. Juana, sentada en un taburete á los pies de su amiga, ordenaba aquel juego, impi-

diendo así que degenerase en querrela. Lorenzo y Magdalena entraron casi á la vez, seguidos de Desroches, que traía las manos llenas de periódicos.

—Tenga usted—dijo—aquí está cuanto se ha escrito de él desde ayer; ni una nota discordante. ¿Está usted contenta?

Albina le estrechó la mano, dirigiéndole una expresiva mirada, y su amigo la contempló con ternura.

—¡Está usted muy delgada y de mal color! Felizmente el estío está próximo, y con su sol, revivirán las rosas de las mejillas de usted como la de los jardines. ¡Ha sufrido usted demasiado, Albina, y me opongo absolutamente á que tome ni una dosis más de semejante veneno! De este modo, entre todos llegaremos á proporcionar á usted la alegría que necesita. Todavía es usted joven y tiene derecho á ser feliz....

—Mi felicidad—dijo Albina lentamente estrechando contra su seno al nuevo Juanito, que dormía entre las patas de Tom—mi felicidad, Desroches, ¡sólo puede ser ya la de los demás! Pero tiene usted razón; esto me tiene reservadas muchas satisfacciones.

FIN.

E

